

Eleanor Catton

Las luminarias

Traducción del inglés de
Celia Montolío

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para papá, que ve las estrellas,
y para Jude, que oye su música.*

Aviso al lector

Las posiciones estelares y planetarias que aparecen en este libro han sido determinadas astronómicamente. Es decir, que tenemos en cuenta el fenómeno celeste conocido como *precesión*, movimiento por el cual el equinoccio vernal, equivalente astrológico del meridiano de Greenwich, se ha desplazado. En otros tiempos, el equinoccio vernal (otoñal en latitudes meridionales) ocurría mientras el Sol se hallaba en la constelación de Aries, el primer signo. Ahora ocurre mientras el Sol está en Piscis, el duodécimo. En consecuencia, y como advertirán los lectores de este libro, cada signo del Zodíaco «ocurre» aproximadamente un mes después de lo que cree el saber popular. Con esta corrección no pretendemos faltarle al respeto al saber popular; sí queremos observar, no obstante, que el antedicho error pasa por alto el dato material de nuestro firmamento decimonónico, y nos atrevemos a conjeturar, asimismo, que la naturaleza de esta convicción podría considerarse pisciana: emblemática, en efecto, de los nacidos en la Era de Piscis, una era de espejos, tenacidad, instinto, relaciones gemelares y cosas ocultas. Esta idea nos satisface. Nos reafirma en nuestra fe en la vasta y sabia influencia

del cielo infinito.



ARAHURA RIVER

TO CHRISTCHURCH

The Luminaries Map



Crossie Wells' Cottage

Tasman Sea

TO CHARLESTON

SEAVIEW



Coal House

HOKITIKA TOWN



Gibson Quay

HOKITIKA RIVER

The Southern Alps



South Island New Zealand

KANIERE



CHINATOWN



THE AURORA

to the Gorge



Carta de personajes

ESTELARES:

Te Rau Tauwhare, *buscador de piedra verde*

Charlie Frost, *bancario*

Benjamin Löwenthal, *periodista*

Edgar Clinch, *hotelero*

Dick Mannering, *magnate de yacimientos auríferos*

Quee Long, *orfebre*

Harald Nilssen, *comisionista mercantil*

Joseph Pritchard, *boticario*

Thomas Balfour, *consignatario*

Aubert Gascoigne, *oficial de juzgado*

Sook Yongsheng, *minero*

Cowell Devlin, *capellán*

PLANETARIOS:

Walter Moody

Lydia (Wells) Carver, *de soltera Greenway*

Francis Carver

Alistair Lauderback

George Shepard

Anna Wetherell

Emery Staines

TERRA FIRMA:

Crosbie Wells

CASA AFÍN:

Cabaña de Wells (Valle Arahura)

Banco de la Reserva (calle Revell)

Oficina del *West Coast Times* (calle Weld)

Hotel Gridiron (calle Revell)

Mina de oro Aurora

Forja del Barrio Chino (Kaniere)

Nilssen & Co. (muelle Gibson)

Fumadero de opio (Kaniere)

Godspeed (bricbarca, reg. en Port Chalmers)

Juzgados de Hokitika (juzgado de primera instancia)

The Wayfarer's Fortune (calle Revell)

Cárcel de Hokitika (Seaview)

INFLUENCIA AFÍN:

Razón

Deseo

Fuerza

Mando

Restricción

Lo más exterior (antes lo más interior)

Lo más interior (antes lo más exterior)

(*fallecido*)

Índice

I.	Una esfera dentro de una esfera	15
II.	Augurios	361
III.	La casa de la perdición personal	513
IV.	<i>Paenga-wha-wha</i>	609
V.	Peso y lucro	699
VI.	La viuda y el vestido de luto	737
VII.	Domicilio	761
VIII.	La verdad sobre la Aurora	775
IX.	Tierra mudable	785
X.	Cuestiones de sucesión	791
XI.	Orión se pone cuando sale Escorpión	797
XII.	La Luna vieja en brazos de la Luna joven	801
	Agradecimientos	805

MERCURIO EN SAGITARIO

En el que un forastero arriba a Hokitika, se interrumpe un conciliábulo, Walter Moody oculta sus recuerdos más recientes y Thomas Balfour empieza a contar una historia.

Los doce hombres congregados en la sala de fumadores del hotel Crown daban la impresión de ser un grupo reunido al azar. Por la variedad de portes y atuendos —levitas, fracs, chaquetas Norfolk con botones de asta, piel de topo amarilla, batista y sarga— podrían haber sido doce extraños en un vagón de tren, cada uno rumbo a un rincón distinto de una ciudad dotada de niebla y mareas suficientes para separarlos; en efecto, el estudiado aislamiento con que cada hombre se enfrascaba en su periódico, se inclinaba para sacudir las cenizas en la rejilla de la chimenea o colocaba la mano abierta sobre el paño de la mesa de billar para lanzar su tiro conspiraba hacia el mismo tipo de silencio corpóreo que se produce, a última hora de la tarde, en un ferrocarril público, amortiguado en este caso no por el runrún y el traqueteo de los vagones, sino por el copioso repiqueteo de la lluvia.

Tal era la percepción del señor Walter Moody desde el umbral, donde se había detenido con la mano apoyada en el marco de la puerta. Desconocía que hubiese interrumpido ningún tipo de conferencia privada, ya que todos habían dejado de hablar al oír sus pasos en el pasillo; para cuando abrió la puerta, cada uno de los doce hombres había reanudado su ocupación (sin orden ni concierto en el caso de los jugadores de billar, pues habían olvidado sus posiciones) con un alarde de absorción tan estudiado que ninguno alzó siquiera la vista cuando entró en la habitación.

El aire severo y uniforme con que lo ignoraban los hombres podría haber despertado el interés del señor Moody, de haber sido el mismo de siempre en cuerpo y en temperamento. Pero lo cierto era que estaba inquieto y alterado. Había sabido que, en el peor de los casos, el viaje a West Canterbury podría haber resultado fatídico, una interminable fosa ondulada de agua blanca y espuma que moría en el destrozado camposanto de la barra de Hokitika,

pero no había estado preparado para los particulares horrores de la travesía, de los que todavía era incapaz de hablar, ni siquiera para sus adentros. Moody, por naturaleza, perdía la paciencia ante cualquier posible defecto de su persona —tanto el miedo como la enfermedad lo llevaban a la introspección—, y fue este el motivo de que, cosa poco habitual en él, no calibrase el tenor de la habitación en la que acababa de entrar.

La expresión natural de Moody era decidida y atenta. Sus grandes ojos grises miraban sin pestañear, y su boca flexible y aniñada esbozaba por lo general una expresión de cortés solicitud. Su cabello tendía a ensortijarse; de joven, los tirabuzones le habían caído sobre los hombros, pero ahora lo llevaba cortado a ras del cráneo, con la raya a un lado y repeinado con una pomada de dulce olor que oscurecía su tono dorado, tornándolo un untuoso castaño. Su frente y sus mejillas eran angulosas, su nariz recta y su tez suave. Aún no había cumplido los veintiocho años, seguía siendo ágil y preciso en sus movimientos y poseía esa modalidad de vigor pícaro y sin mácula que no transmite ni credulidad ni astucia. Su modo de presentarse era el de un mayordomo discreto y sagaz, y en consecuencia era frecuente que hasta el menos locuaz de los hombres se confiase a él, o que lo invitasen a mediar en relaciones entre personas a las que había conocido tan solo recientemente. Tenía, en suma, un aspecto que delataba muy poco de su carácter y en el que la gente se sentía inclinada a confiar al punto.

A Moody no se le pasaba por alto la ventaja que le concedía su inescrutable garbo. Como casi todas las personas de desmesurada belleza, había estudiado su reflejo minuciosamente, y, en cierto modo, como mejor se conocía era por fuera; siempre se hallaba en algún aposento de su mente percibiéndose desde el exterior. Se había pasado horas y horas en la recámara de su vestidor, donde el espejo triplicaba su imagen: de perfil, de medio lado y de cara, el Carlos de Van Dyck, aunque mucho más imponente. Era esta una costumbre íntima, costumbre que él probablemente habría desmentido, pues ¡cuán rotunda es la condena que del escrutinio de la propia persona hacen los profetas morales de nuestra época! Como si el yo careciera de toda relación con el yo, y uno solo se mirase al espejo para confirmar su arrogancia; como si el acto de contemplarse a uno mismo no fuera tan sutil, tenso y cambiante como cualquier otro vínculo entre almas gemelas. En su fascinación, Moody no pretendía tanto elogiar su propia belleza como llegar a dominarla. Cierto es que siempre que sorprendía su reflejo, ya fuese en una balconada

o en una cristalera al anochecer, se estremecía de satisfacción; pero igual que podría estremecerse un ingeniero que al toparse con un mecanismo de su invención juzga que es espléndido y rutilante, que está engrasado como es debido y que funciona exactamente como había pronosticado que lo haría.

En estos momentos se veía a sí mismo de pie en la entrada de la sala de fumadores, y sabía que la planta que ofrecía era de una compostura perfecta. Estaba casi temblando de cansancio; en sus entrañas pesaba una plúmbea carga de pavor; tenía la sensación de que lo seguían, incluso de que le estaban pisando los talones; estaba aterrorado. Contempló la habitación con aire de cortés indiferencia y respeto. Tenía el aspecto de un lugar reconstruido de memoria al cabo del tiempo, cuando muchas cosas han caído en el olvido (morillos, cortinajes, una repisa de chimenea como Dios manda), pero persisten los pequeños detalles: una imagen del difunto Príncipe Consorte, por ejemplo, recortada de una revista y clavada con tachuelas a la pared que daba al patio; la costura en medio de la mesa de billar, que había sido aserrada en dos en los muelles de Sídney para que sobreviviera mejor a la travesía; el montón de periódicos sobre el secreter, sus páginas desgastadas y borrosas debido al roce de tantas manos. Los dos ventanucos que flanqueaban el hogar daban al patio trasero del hotel, una parcela cenagosa sembrada de cajas y bidones herrumbrosos separada de los terrenos colindantes tan solo por matojos de maleza y helechos bajos y, al norte, por una fila de conejeras cuyas puertas habían sido encadenadas para protegerlas de los ladrones. Más allá de esta periferia difusa se veían cuerdas de tender medio aflojadas que se entrecruzaban tras las casas que asomaban a una manzana de distancia al este, pilas entramadas de madera en bruto, pocilgas, montoneras de chatarra y chapa de hierro, artesas de lavado y tubos rotos, todo ello abandonado o en un estado de mayor o menor deterioro. El reloj había dado esa avanzada hora del crepúsculo en la que parece que los colores pierden súbitamente su intensidad, y llovía a cántaros; a través del vidrio prensado, el patio se desteñía y cada vez se veía más borroso. Dentro, las lamparillas de alcohol aún no habían sucedido a la luz marina del día moribundo, y en virtud de su palidez parecían acentuar la tristura general de la decoración de la estancia.

Para un hombre acostumbrado a su club de Edimburgo, donde todo estaba iluminado en tonos rojos y dorados y los sofás tachonados relucían con una intensidad que reflejaba la circunferencia de los caballeros en ellos sentados, y donde, nada más entrar, le daban

a uno una suave chaqueta que desprendía un agradable olor a anís o a menta, momento a partir del cual bastaba con acercar el dedo a la cuerda de la campanilla para pedir una botella de clarete en una bandeja de plata, el panorama era de lo más burdo. Pero Moody no era un hombre para el que una calidad ofensiva constituyese causa suficiente para enfurruñarse: la tosca sencillez del lugar solo lo llevó a retraerse interiormente, de la misma manera que un hombre rico se hace con presteza a un lado, vidriosa la mirada, cuando lo sale al paso un mendigo en la calle. Su apacible semblante no se inmutó mientras recorría la habitación con la vista, pero, en su fuero interno, cada nuevo detalle —el montoncito de cera sucia debajo de esta vela de aquí, el cerco de polvo en torno a ese cristal de allá— lo hacía replegarse más en sí mismo y pertrecharse más rígidamente contra la escena.

Este retraimiento, a pesar de ser inconsciente, no era deudor de los prejuicios habituales de las grandes fortunas —de hecho, Moody solo era modestamente rico y solía dar monedas a los pobres, si bien, hay que reconocerlo, nunca dejaba de sentir un leve escalofrío de placer por su largueza—, sino más bien del desequilibrio personal sobre el cual se esforzaba por prevalecer en estos momentos sin que se notase. Al fin y al cabo, esta era una ciudad aurífera, recién construida entre la selva y el oleaje en el límite más meridional del mundo civilizado, y no había esperado encontrarse con lujos.

La verdad era que no habían pasado ni seis horas desde que Moody, a bordo del bricbarca que le había llevado desde Port Chalmers hasta el fragmento salvaje de la costa, había presenciado un acontecimiento tan extraordinario y turbador que ponía todas las demás realidades en tela de juicio. Todavía tenía presente la escena, como si en algún rincón de su mente se hubiese entreabierto una puerta para mostrar una franja de luz grisácea y ahora fuese incapaz de desear que volviera la oscuridad. Estaba haciendo grandes esfuerzos para evitar que esa puerta se abriese más. En semejante estado de fragilidad, todo lo que fuese poco convencional o inconveniente constituía una afrenta personal. Tenía la sensación de que la sombría escena que tenía ante sí era toda ella un eco de las tribulaciones que acababa de padecer, y la rehuyó para impedir que su mente siguiera la pista de esta conexión y regresase al pasado. El desdén era útil. Le procuraba un firme sentido de la proporción, una legitimidad a la que podía recurrir para sentirse seguro.

Tachó la habitación de desafortunada, parva y lóbrega; y con su fuero interno fortificado de este modo contra el mobiliario, se

volvió hacia los doce ocupantes. Un panteón invertido, pensó, y al dar vía libre a esta idea se sintió de nuevo un poco más sereno.

Los hombres estaban bronceados y curtidos a la manera de los hombres de la frontera; tenían los labios blanquecinos a fuer de agrietados, y un porte que expresaba privaciones y pérdidas. Dos de ellos eran chinos, ataviados idénticamente con calzado de paño y holgados vestidos grises de algodón; tras ellos se hallaba un nativo maorí, su rostro tatuado con volutas de un azul verdoso. En cuanto al resto, Moody no era capaz de averiguar su origen. Aún no entendía cómo era posible que las excavaciones envejeciesen a un hombre en cuestión de meses; mientras recorría la habitación con la mirada, consideró que era el más joven de los presentes, cuando en realidad había varios hombres que lo eran más y otros de su misma edad. Poco les quedaba ya del lustre de la juventud. Estarían malhumorados para el resto de sus días, inquietos, zozobrantes, cenicientos y tosiendo polvo en los surcos marrones de las palmas de sus manos. A Moody le parecían vulgares, incluso pintorescos; le parecían hombres de poca influencia; no se preguntó por qué estaban tan callados. Quería un brandy, y también un lugar donde sentarse y cerrar los ojos.

Entró y se quedó un instante en el umbral esperando a que salieran a recibirlo, pero al ver que nadie hacía ningún gesto de bienvenida ni de rechazo dio otro paso al frente y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

Una vaga reverencia en dirección a la ventana y otra en dirección al hogar bastaron como presentación general de su persona, y a continuación se acercó a la mesita y se sirvió una bebida de las licoreras dispuestas a tal efecto. Escogió un puro y lo cortó; mientras se lo encajaba entre los dientes, se volvió de cara a la habitación y escudriñó de nuevo los rostros. Nadie parecía ni siquiera remotamente afectado por su presencia. Esto le gustó. Tomó asiento en el único sillón disponible, encendió su puro y se arrellanó con el suspiro íntimo de un hombre que piensa que su confort cotidiano está, por una vez, muy bien merecido.

Su contento duró poco. Apenas había estirado las piernas y cruzado los tobillos (observó, para su fastidio, que la sal seca había dibujado surcos blancos en sus pantalones) cuando el hombre que estaba inmediatamente a su derecha se inclinó hacia delante en su silla, pinchando el aire con la colilla de su puro.

—Eh, oiga, ¿tiene usted algún asunto entre manos aquí, en el Crown? —le preguntó.

El modo de formularlo fue bastante brusco, pero la expresión de Moody no lo acusó. Incluyó cortésmente la cabeza y explicó que, en efecto, había reservado una habitación en el piso de arriba y que había llegado a la ciudad esa misma tarde.

—¿Quiere decir que acaba de desembarcar?

Moody volvió a inclinar la cabeza y afirmó que eso era precisamente lo que quería decir. A fin de no parecerle cortante al hombre, añadió que venía de Port Chalmers con la intención de probar suerte buscando oro.

—Eso está bien —dijo el hombre—. Eso está bien. Ha habido nuevos hallazgos por ahí por la playa; está plagadita. Arenas negras: esa es la consigna que escuchará. Arenas negras en dirección a Charleston; eso está al norte de aquí, claro..., Charleston. Aunque en el desfiladero también se sacará un sueldo. ¿Trae un compañero o ha venido solo?

—Yo solo.

—¡Conque nada de vínculos!

—Bueno —dijo Moody, de nuevo sorprendido por la formulación—. Tengo intención de procurarme mi propia fortuna, eso es todo.

—Nada de vínculos —repitió el hombre—. Y ningún asunto entre manos; porque dice que no tiene ningún asunto entre manos aquí, en el Crown, ¿no es así?

Esto de exigir dos veces la misma información era impertinente, pero el hombre parecía cordial, incluso tenía cierto aire distraído, y no paraba de rasgarse la solapa del chaleco con los dedos. Quizá, pensó Moody, no había sido lo bastante claro.

—Lo único que tengo que hacer en este hotel es descansar —explicó—. Los próximos días iniciaré mis pesquisas en las excavaciones: qué ríos son productivos, qué valles están secos... y, por decirlo así, me pondré al corriente de la vida del minero. Tengo pensado quedarme aquí en el Crown una semana, y después emprender el camino hacia el interior.

—Así que nunca ha excavado.

—No, señor.

—¿Nunca ha visto el color del oro?

—Solo en la joyería; en un reloj o en una hebilla, nunca puro.

—Pero ¡habrá soñado con él en estado puro! ¡Lo habrá soñado..., se habrá visto a sí mismo arrodillado en el agua, tamizando para separar el metal de la arenilla!

—Supongo..., bueno, no exactamente —dijo Moody. El estilo expansivo de la charla del hombre se le antojaba bastante peculiar: a

pesar de su aire distraído hablaba con vehemencia, y con una energía que casi resultaba impertinente. Moody miró a su alrededor, deseoso de intercambiar una mirada cómplice con alguno de los presentes, pero no consiguió que sus ojos se cruzasen con los de nadie. Tosió, y añadió:– Supongo que he soñado con lo que viene después..., es decir, con aquello a lo que puede conducir el oro, en lo que puede convertirse.

Al hombre pareció que le agradaba esta respuesta.

–Alquimia inversa, así es como me gusta a mí llamarlo. Me refiero a todo esto de buscar oro. Alquimia inversa. ¿Me entiende? La transformación no en oro, sino a partir del oro...

–Una idea excelente, señor –observó Moody, y hasta pasado un rato no habría de reflexionar que esta noción armonizaba con su reciente imagen de un panteón invertido.

–Y qué me dice de sus averiguaciones –dijo el hombre, asintiendo vigorosamente–. Sí, de sus averiguaciones..., porque estará preguntando por ahí, supongo, qué tipo de palas, de artesas... y mapas y todo eso.

–Sí, exactamente. Pretendo hacerlo bien.

El hombre se arrellanó en su sillón; era evidente que se estaba divirtiendo mucho.

–Una semana de pensión completa en el hotel Crown ¡solo para hacer preguntas! –Soltó una breve risotada–. ¡Y después se pasará dos semanas en el barro para recuperar lo que ha gastado!

Moody volvió a cruzar los tobillos. No estaba en disposición de ánimo para corresponder a la energía del otro hombre, pero lo habían educado con demasiada rigidez como para que se le pasase siquiera por la cabeza ser descortés. Se podría haber limitado a disculparse por su turbación y confesar que sentía un vago malestar –desde luego, el hombre parecía comprensivo, con aquellos dedos que no paraban de rasguear y aquella risa que subía a borbotones–, pero Moody no tenía por costumbre sincerarse con extraños, menos aún revelarles sus dolencias a otro hombre. Se removió en su interior y dijo, en un tono de voz más vivaracho:

–¿Y usted, caballero? Me da la impresión de que se ha establecido bien aquí.

–Sí, en efecto –replicó el otro–. Agencia Naviera Balfour; nos habrá visto nada más pasar los corrales, un lugar de primera..., ya sabe, la calle del Embarcadero. Balfour: ese soy yo. Thomas es mi nombre de pila. Va a necesitar un nombre de pila en las excavaciones: en el desfiladero, a nadie se le llama «señor».

–Entonces debería ponerme ya a practicar con el mío –dijo Moody–. Es Walter. Walter Moody.

–Sí, pero sepa que lo llamarán de todo antes que Walter –dijo Balfour, dándose un manotazo en la rodilla–. Walt el Escocés, quizá. O Walt Dos-Manos, Wally el Pepitas... ¡Ja!

–Ese nombre me lo tendré que ganar.

Balfour se rio.

–Nada de ganárselo. Grandes como una pistola de señora, algunas de las que yo he visto. Grandes como una pistola de señora..., pero le aseguro que no es ni la mitad de difícil ponerles la mano encima.

Thomas Balfour tenía unos cincuenta años de edad y un cuerpo compacto y robusto. Su cabello era completamente cano, peinado hacia atrás desde la frente y largo alrededor de las orejas. Lucía una barba cuadrada, y era dado a acariciársela con el cuenco de la mano cuando algo lo divertía; esto mismo hizo ahora, complacido por su propio chiste. Su prosperidad armonizaba con él, pensó Moody, reconociendo en el hombre la relajada sensación de merecimiento que llega cuando el optimismo de toda una vida se ha visto ratificado por el éxito. Iba en mangas de camisa; su pañuelo, a pesar de ser de seda y de fina hechura, tenía manchas de salsa y se le estaba aflojando por el cuello. Moody estimó que debía de ser un libertario: inofensivo, de espíritu renegado y alegre en sus efusiones.

–Estoy en deuda con usted, señor –dijo–. Esta es la primera de muchas costumbres que ignoro por completo, estoy seguro. No me cabe duda de que habría cometido el error de utilizar mi apellido en el desfiladero.

Era cierto que su imagen mental de las excavaciones de Nueva Zelanda era extremadamente imprecisa, pues estaba informada sobre todo por bosquejos de los yacimientos de oro de California –cabañas de troncos, valles de fondos llanos, vagones polvorientos– y por una vaga sensación (no sabía de dónde le venía) de que la colonia era de algún modo la sombra de las Islas Británicas, el anverso inmaduro y salvaje de la sede y el corazón del Imperio. Lo había sorprendido, al doblar las puntas de la península de Otago unas dos semanas antes, ver mansiones en el cerro, muelles, calles y jardincitos; y lo sorprendió, en estos momentos, observar cómo un caballero bien trajeado le pasaba sus fósforos a un hombre chino y se inclinaba después por encima de él para recuperar su vaso.

Moody era un antiguo alumno de Cambridge, nacido en Edimburgo en el seno de una familia de modesta fortuna con tres em-

pleados domésticos a su servicio. Los círculos sociales que había frecuentado en Trinity, y después, en años más recientes, en Inner Temple, distaban mucho de la rigidez de los círculos nobiliarios, donde la única diferencia entre la historia y el contexto de unos y otros era una cuestión de grado; no obstante, su educación lo había vuelto estrecho de miras, pues le había enseñado que el modo adecuado de entender cualquier sistema social era contemplarlo desde arriba. Con sus compañeros del colegio universitario (vestidos con capas y borrachos de vino del Rin) defendía la fusión de las clases con toda la angustia y la vitalidad de los jóvenes, pero cuando se la encontraba en la práctica siempre se asustaba. Aún no sabía que un yacimiento de oro era un lugar de mugre y riesgo, donde cada tipo era un extraño para su vecino y un extraño para la tierra; donde podía haber oro a espuestas en la artesa de un tendero y nada en la de un abogado; donde no había divisiones. Moody era unos veinte años más joven que Balfour y por tanto le hablaba con deferencia, pero era consciente de que Balfour era un hombre de rango inferior al suyo, como también era consciente de que lo rodeaba una extraña miscelánea de personas cuyos patrimonios y orígenes no tenía modo de adivinar. Su cortesía, por tanto, tenía cierto tono acartonado, de la misma manera que un hombre que no suele hablar con niños carece de todo criterio sobre lo que resulta conveniente y en consecuencia se mantiene distante, y envarado, por mucho que desee ser amable.

Thomas Balfour notaba esta condescendencia, y estaba encantado. Sentía una divertida aversión hacia los hombres que hablaban, según él, «demasiado bien», y gustaba de provocarlos... no para hacerlos enfadar, lo cual lo aburría, sino para que se mostrasen vulgares. La rigidez de Moody se le antojaba un collarín a la moda, de hechura aristocrática e insoportablemente restrictivo para quien lo llevaba –así veía él todas las convenciones de la gente fina: como adornos inútiles– y disfrutaba al ver a Moody tan incómodo a causa de su refinamiento.

Balfour era, en efecto, un hombre de rango humilde, tal y como había adivinado Moody. Su padre había trabajado en una talabartería de Kent, y él mismo lo habría sucedido en el puesto si en su undécimo año de vida un incendio no se hubiese llevado al padre con el establo; pero era un muchacho inquieto, con los puños de la camisa deshilachados y una impaciencia que desdecía de la expresión soñadora, medio ausente, que solía lucir, y un trabajo tan porfiado no habría sido para él. En cualquier caso, como solía decir,

un caballo no podía seguir el ritmo de un vagón de tren, y el oficio no había capeado el trajín de los tiempos cambiantes. A Balfour le era muy grato pensar que se hallaba en la vanguardia de una era. Cuando hablaba del pasado, era como si cada década anterior al presente año fuese una vela mal hecha que se hubiese quemado y consumido. No sentía la menor nostalgia por las cosas de su infancia —el oscuro licor de las cubas de curtir, el escurridor de cueros, la bolsa de piel de becerro donde su padre guardaba sus agujas y su punzón— y casi nunca las recordaba, excepto para compararlas con industrias más modernas. Las menas: ahí era donde estaba el dinero. En las minas de carbón, en las acerías y en el oro.

Empezó con el vidrio. Tras varios años de aprendizaje, fundó una fábrica de vidrio, una modesta empresa que más adelante vendió por valor de una participación en una mina de carbón que, a su debido tiempo, se amplió hasta convertirse en una red de pozos mineros y fue vendida a inversores de Londres por muchísimo dinero. No se casó. En su trigésimo aniversario compró un billete de ida en clíper a Veracruz, la primera etapa de un viaje de nueve meses que habría de llevarlo por tierra hasta los yacimientos de oro de California. El relumbre de la vida del buscador de oro pronto palideció, pero el trajín y la esperanza incesantes de los yacimientos, no; con su primer polvo de oro compró participaciones en un banco, construyó tres hoteles en cuatro años y prosperó. Cuando California se agotó, liquidó todo y zarpó con rumbo a Victoria —un nuevo descubrimiento, una nueva tierra ignota—, y de allí, al oír de nuevo la llamada que cruzaba el océano como el sonido de un caramillo transportado por una rara brisa, a Nueva Zelanda.

A lo largo de sus dieciséis años en yacimientos vírgenes, Thomas Balfour había conocido a muchísimos hombres como Walter Moody, y decía mucho a favor de su carácter que hubiese conservado, durante tanto tiempo, un afecto y una estima profundos por el candor de unos hombres a los que la experiencia aún no había puesto a prueba. Balfour simpatizaba con la ambición, y su generosidad de espíritu, como buen hombre hecho a sí mismo, era poco ortodoxa. La iniciativa lo agradaba; el deseo lo agradaba. Estaba predispuesto a que Moody le cayese bien por la sencilla razón de que había emprendido una actividad de la que era evidente que apenas sabía nada, y de la que seguramente esperaba obtener grandes ganancias.

Esta noche en particular, sin embargo, no era que Balfour no tuviese cosas que hacer. La entrada de Moody había sorprendido bastante a los doce hombres reunidos, que habían tomado todo tipo de

precauciones para garantizar que no serían interrumpidos. El salón principal del hotel Crown estaba cerrado esa noche debido a una celebración privada, y habían apostado a un muchacho debajo del toldo para que vigilase la calle, no fuera que a alguien se le ocurriese pasarse por allí a tomar un trago; lo cual era poco probable, ya que la sala de fumadores del Crown no era precisamente célebre por su concurrencia ni por su encanto, y de hecho era muy frecuente que estuviese vacía, incluso las noches de fin de semana, cuando los mineros volvían en tropel de los cerros para gastarse el polvo en alcohol en las covachas de la ciudad. El muchacho que estaba de guardia trabajaba para Mannering, y tenía en su poder un grueso fajo de entradas de tribuna para repartir gratis. La función –*Sensaciones de Oriente*– era un espectáculo nuevo y tenía el éxito asegurado, y además había cajas de champán esperando en el vestíbulo del teatro de ópera, cortesía del propio Mannering para la noche del estreno. Con semejantes distracciones, y convencidos de que ningún barco se arriesgaría a recalar en el lóbrego atardecer de un día tan inclemente (a esas horas, las llegadas previstas en las páginas de navegación del *West Coast Times* ya se habían producido), al grupo reunido no se le había ocurrido tomar medidas en previsión de que un desconocido fortuito se hubiese registrado en el hotel una media hora antes del anochecer y que, por tanto, se hallase ya dentro del edificio cuando el muchacho de Mannering se apostó de cara a la calle bajo el toldo empapado.

Walter Moody, a pesar de su rostro tranquilizador y, también, del cortés distanciamiento de su porte, no dejaba de ser un intruso. Los hombres no sabían cómo persuadirlo de que se marchase sin revelar que, en efecto, los había interrumpido, desenmascarando así la naturaleza subversiva de la reunión. Que Thomas Balfour hubiese asumido la tarea de escudriñarlo obedecía tan solo al azar de su proximidad, los dos junto al fuego... una feliz conjunción, ya que Balfour, con todo lo fanfarrón y ditirámico que era, también resultaba tenaz y estaba acostumbrado a utilizar las situaciones para su propio provecho.

–Sí, bueno –dijo ahora–, enseguida se aprenden las costumbres, y todo el mundo tiene que empezar como usted... como aprendiz, quiero decir; sin saber nada de nada. Y ¿qué fue lo que sembró la semilla, si no le molesta que se lo pregunte? Es algo que me interesa personalmente: qué es lo que hace que un tipo venga hasta aquí, ya sabe, hasta los confines de la tierra..., qué es lo que lo motiva.

Moody dio una calada a su puro antes de responder.

–Mi objetivo era complicado. Una disputa de familia, dolorosa de contar, que explica que haya hecho la travesía en solitario.

–Ah, pero en ese aspecto no está usted solo en absoluto –dijo alegremente Balfour–. Aquí todos y cada uno de los muchachos están huyendo de algo... ¡de eso puede estar seguro!

–Vaya –dijo Moody, pensando que se trataba de una perspectiva más bien alarmante.

–Todo el mundo es de otro lugar –prosiguió Balfour–. Sí: este es el meollo de la cuestión. Todos somos de otro lugar. Y en lo que a familia se refiere, en el desfiladero encontrará usted hermanos y padres de sobra.

–Muchas gracias por ofrecerme consuelo.

Balfour estaba sonriendo de oreja a oreja.

–Esa sí que es una buena frase –dijo, agitando el puro con tanto énfasis que se esparció plumas de ceniza por todo el chaleco–. ¡Consuelo...! Si esto le sirve de consuelo, entonces es usted un puritano de tomo y lomo, hijo mío.

Moody no pudo pergeñar una respuesta adecuada a este comentario, así que volvió a inclinar la cabeza; y a continuación, como para negar cualquier insinuación de puritanismo, echó un buen trago de su vaso. Fuera, una ráfaga de viento interrumpió el monótono azote de la lluvia, arrojando una cortina de agua contra las ventanas que daban al oeste. Balfour examinó la punta de su puro, sin dejar de reírse entre dientes. Moody se encajó el suyo entre los labios, miró hacia otro lado y le dio una calada suave.

Justo en ese momento, uno de los once hombres silenciosos se puso en pie a la vez que plegaba su periódico en cuatro cuartos y cruzó hasta el secreter a fin de cambiar el periódico por otro. Llevaba un abrigo negro sin cuello y una corbata blanca; el atuendo de un clérigo, observó Moody con cierta sorpresa. Qué raro. ¿A qué podía deberse que un clérigo decidiera informarse de las noticias en la sala de fumadores de un hotel del montón un sábado por la noche? Y ¿por qué en tan silenciosa compañía? Moody se quedó mirando mientras el reverendo revolvía el montón de periódicos y rechazaba varias ediciones del *Colonist* en favor del *Grey River Argus*, entresacándolo con un murmullo de placer para sostenerlo después a poca distancia de su cuerpo y ladearlo, con aprecio, hacia la luz. Por otra parte, se dijo Moody, razonando consigo mismo, quizá no fuese tan extraño: era una noche muy lluviosa, y probablemente los salones y las tabernas de la ciudad estarían abarro-

tados. Quizá el clérigo se había visto obligado, por el motivo que fuese, a guarecerse de la lluvia durante un rato.

–De modo que hubo una pelea –dijo al poco rato Balfour, como si Moody le hubiese prometido un relato emocionante y después se hubiese olvidado de comenzarlo.

–Me vi involucrado en una pelea –lo corrigió Moody–. Es decir, la disputa no fue responsabilidad mía.

–Con su padre, supongo.

–Señor, me resulta doloroso hablar de ello. –Moody lo miró con intención de silenciarlo con un semblante adusto, pero Balfour respondió inclinándose más hacia delante, animado por la gravedad de la expresión de Moody a creer que la historia merecía ser escuchada incluso con mayor interés.

–¡Venga! Aligere su carga.

–No es una carga que pueda aligerarse, señor Balfour.

–Amigo mío, que yo sepa no existe semejante cosa.

–Disculpe que cambie de tema.

–¡Si es que me ha picado! ¡Ha picado mi curiosidad! –Balfour estaba sonriente.

–Permítame que me niegue –dijo Moody. Intentaba hablar bajo, para proteger su conversación del resto de la sala–. Permítame que me reserve mi intimidad. Mi motivo es, sin más, que no deseo causarle una mala impresión.

–Pero el agraviado es usted, ha dicho... no fue responsable de la disputa.

–Así es.

–Pues ¡cuéntelo! ¡Ese tipo de cosas no hay por qué mantenerlas en secreto! –exclamó Balfour–. ¿Acaso no es cierto lo que digo? ¡No hay por qué ser reservado en relación con los agravios ajenos! ¡No hay por qué avergonzarse de los..., de los actos ajenos, a ver si me entiende! –Estaba muy vocinglero.

–Lo que usted describe es la vergüenza personal –dijo Moody en voz baja–. Yo me refiero a la vergüenza que se abate sobre una familia. No quiero mancillar el apellido de mi padre; también es mi apellido.

–¡Su padre! Pero ¿qué le acabo de decir? ¡Que encontrará padres de sobra ahí abajo, en el desfiladero, le digo! No es un modo de hablar..., es la tradición, y la necesidad... ¡Así se hacen las cosas! Permítame que lo informe de lo que se considera una vergüenza en las excavaciones. Avisar en falso de un yacimiento merece tal nombre. Disputar las estacas de una concesión: eso lo merece. Ro-

bar a un hombre, estafar a un hombre, matar a un hombre: todo eso lo merece. Pero ¡la vergüenza familiar...! Eso cuéntenlo a los pregoneros, para que lo anuncien a voz en cuello por la carretera de Hokitika. ¡Menuda novedad!, pensarán. ¿Qué es la vergüenza familiar cuando no se tiene familia?

Balfour concluyó su exhortación dando un golpe seco con el vaso vacío sobre el brazo de su silla. Sonrió encantado a Moody y levantó la palma de la mano como para decir que, aunque había formulado su razonamiento de una manera tan convincente que no había mejorarlo, no obstante agradecería algún tipo de asentimiento. Moody hizo otro movimiento automático con la cabeza y replicó, en un tono que delataba por vez primera que tenía los nervios agotados:

–Sus palabras son muy persuasivas, señor.

Balfour, sin desprenderse de su radiante sonrisa, rechazó el cumplido.

–La persuasión consiste en trucos y astucia. Yo hablo claro.

–Se lo agradezco.

–Sí, sí –dijo Balfour con tono agradable. Parecía que estaba disfrutando mucho–. Pero hábleme ahora de su riña familiar, señor Moody, para que pueda juzgar si al final su apellido ha quedado mancillado o no.

–Perdone –murmuró Moody. Miró en derredor y reparó en que el clérigo había vuelto a su asiento y se hallaba enfrascado en su periódico. El hombre que estaba a su lado, de aspecto rubicundo, con bigote imperial y cabello rojizo, parecía haberse dormido.

Thomas Balfour no estaba dispuesto a dejarse disuadir.

–¡Libertad y seguridad! –gritó, agitando nuevamente el brazo–. ¿Acaso no se reduce a eso? Verá, ¡ya me conozco el argumento! ¡Sé qué forma tiene! La libertad antes que la seguridad, la seguridad antes que la libertad... que el padre provea, que el hijo sea libre. Naturalmente, puede que el padre sea demasiado controlador, eso puede ocurrir, y que el hijo sea despilfarrador..., pródigo..., pero la pelea siempre es la misma. También los amantes –añadió al ver que Moody no intervenía–. Lo mismo les ocurre a los amantes: en el fondo, siempre, la misma disputa.

Pero Moody no lo escuchaba. Había olvidado por un momento la ceniza que iba avanzando por su puro y el brandy que se estaba entibiando en el fondo de su vaso. Había olvidado que estaba aquí, en la sala de fumadores de un hotel, en una ciudad que no hacía ni cinco años que se había construido, en los confines del mundo.

Tenía la cabeza puesta en otra cosa, y a ella regresaba: el pañuelo ensangrentado, la mano de plata que se agarraba, el nombre que se repetía entrecortadamente en la oscuridad, una y otra vez: «Magdalena, Magdalena, Magdalena». La escena volvió a comparecer ante él de golpe, sin aviso, como una sombra transitando fríamente por delante del sol.

Moody había partido de Port Chalmers a bordo del bricbarca *Godspeed*, una pequeña y resistente embarcación con un elegante lanzamiento de proa y un mascarón de roble pintado: un águila, en honor a san Juan. En el mapa, la travesía tenía forma de horquilla: el bricbarca zarpaba hacia el norte, cruzaba el angosto estrecho entre dos mares y después volvía a dirigirse al sur, hacia las excavaciones. El billete de Moody incluía un estrecho hueco bajo la cubierta, pero el hedor y el bochorno de la bodega eran tales que se vio obligado a pasar casi toda la travesía arriba, encorvado bajo las regatas con su maleta de cuero mojada apretada contra el pecho y el cuello vuelto para protegerse de la roción. En cucullas, de espaldas al panorama, apenas vio nada del litoral: las llanuras amarillas del este, que daban paso mediante una sutil inclinación a alturas más verdes, y después, sobre estas, las montañas, azules en la distancia; más al norte, los verdeantes fiordos, silenciados por aguas mansas; al oeste, los arroyos trenzados que se deslustraban al encontrarse con las playas y tallaban fisuras en la arena.

Cuando el *Godspeed* dobló la lengua norte e inició la travesía hacia el sur, el barómetro empezó a caer. De no haberse sentido tan enfermo y desdichado, Moody tal vez habría tenido miedo y habría encomendado su alma al Altísimo: el ahogamiento, según le habían dicho los muchachos de los muelles, era el mal de la Costa Occidental, y la pregunta de si podía o no considerarse un hombre de suerte quedaría resuelta mucho antes de que llegase a los yacimientos de oro, y mucho antes de que se arrodillase por primera vez a rozar las piedras con el borde de su batea. Eran tantos los que se perdían como los que tocaban tierra. Desde su puesto en el alcázar, el patrón de la nave –de nombre, capitán Carver– había visto a tantos marineros de agua dulce arrastrados a la muerte que cabía decir con toda propiedad que el barco entero era un camposanto..., esto último, pronunciado con queda solemnidad y los ojos abiertos de par en par.

La tormenta llegó sobre unos vientos verdosos. Empezó como un sabor a cobre al fondo de la boca, un dolor metálico que iba en aumento a medida que las nubes se oscurecían y avanzaban,

y cuando golpeó, lo hizo con el azote de una furia sin sentido. El tumulto de la cubierta, el extraño látigo de luz y sombras proyectadas por las velas que se chascaban y se tensaban en lo alto, el temor palpable de los marineros mientras bregaban por mantener el rumbo de la nave... era una pesadilla hecha realidad, y Moody tenía la espeluznante sensación, a medida que se iban acercando a los yacimientos de oro, de que de algún modo la embarcación se había obstinado en que la infernal tormenta rompiese sobre ella.

Walter Moody no era supersticioso, aunque disfrutaba sobremanera con las supersticiones ajenas, y no se dejaba engañar fácilmente por las impresiones, aunque ponía mucho celo en formarse las suyas propias. Esto, sin embargo, no se debía tanto a su inteligencia como a su experiencia, cuya naturaleza, antes de embarcar con rumbo a Nueva Zelanda, no podía calificarse ni de extensa ni de variada. En lo que llevaba vivido, solo había conocido la duda en su vertiente calculada y segura. Solo había conocido la sospecha, el cinismo, la probabilidad... jamás el espantoso desmoronamiento que llega cuando uno deja de confiar en su propia capacidad de confiar; jamás el terrible pánico que sigue a este desmoronamiento, ni el embotado vacío que llega en último lugar. De estas modalidades de incertidumbre se había mantenido, al menos hasta tiempos recientes, felizmente ignorante. La imaginación de Moody no se extraviaba de manera espontánea hacia lo descabellado, y rara vez teorizaba si no tenía en mente algún objetivo práctico. Su propia mortalidad no encerraba para él más que una fascinación intelectual, un árido lustre; y, como no tenía religión, no creía en fantasmas.

La versión completa de lo sucedido durante esta última etapa de la travesía pertenece solo a Moody, y a él debemos dejársela. Nos parece suficiente decir, en este momento, que cuando el *Godspeed* salió del puerto de Dunedin había ocho pasajeros a bordo, y que para cuando tocó tierra en la Costa, había nueve. El noveno no era un bebé nacido en el viaje, ni tampoco un polizón, ni nadie a quien hubiesen subido después de que el vigía, avistándolo en el agua, a la deriva, agarrado a un pecio, diese la voz de alarma. Pero decir esto es robarle a Walter Moody su propio relato... y además injustamente, ya que si todavía no era capaz de evocar la aparición por completo, menos aún lo era de componer una narración para deleitar a un tercero.

En Hokitika llevaba dos semanas lloviendo sin tregua. Lo primero que vislumbró Moody del municipio fue una mancha movediza

que avanzaba y retrocedía al compás de la bruma. Tan solo había un estrecho corredor de tierra llana entre el litoral y las repentinas montañas, azotado por la inagotable espuma que se convertía en humo sobre la arena; aún parecía más plano y contenido en virtud de la nube que truncaba por abajo las faldas de las montañas y formaba un techo gris sobre los apiñados tejados de la ciudad. El puerto se encontraba al sur, remetido en la tortuosa desembocadura de un río, plagado de oro, que se convertía en espuma al toparse con el salado filo del mar. Aquí en la costa el agua era marrón y estéril, pero río arriba era fresca y blanca, y se decía que destellaba. La desembocadura del río, a su vez, era calma, un laguito abarrotado de mástiles y de las grandes chimeneas de los vapores que estaban a la espera de un día más claro; no eran tan insensatos como para exponerse a la barra que yacía oculta bajo el agua y se desplazaba con cada marea. La inmensa cantidad de naves que se habían ido a pique en la barra estaba desperdigada a modo de infeliz testimonio del peligro sumergido. En total había treinta y pico pecios, y algunos eran muy recientes. Sus cascos astillados forjaban una extraña barricada que daba la funesta impresión de fortificar la ciudad contra el mar abierto.

El capitán no se atrevía a llevar el bricbarca a puerto hasta que el tiempo mejorase, así que avisó a una gabarra para que trasladase a los pasajeros a través de los cachones que se batían sobre la arena. La gabarra llevaba seis tripulantes, adustos Carontes que miraban de hito en hito sin mediar palabra mientras se bajaba en silla a los pasajeros por el cabeceante flanco del *Godspeed*. Sobrecogía acurrucarse en la minúscula barca y alzar la vista hacia las desmesuradas jarcias del barco; al balancearse proyectaba una oscura sombra desde las alturas, y cuando al fin se soltó el cabo y salieron a mar abierto, Moody sintió el alivio en su piel. Los demás pasajeros estaban alegres. Prorrumpían en exclamaciones sobre el tiempo y sobre lo espléndido que había sido pasar por una tormenta. Se preguntaban por cada pecio que veían, tratando de averiguar los nombres; hablaban de los yacimientos, y de las fortunas que habrían de encontrar en ellos. Su alegría era detestable. Una mujer apretó una redoma de sales volátiles contra el hueso de la cadera de Moody —«Tómeselas sin decir nada, para que los demás no vengan pidiendo»—, pero Moody le apartó la mano. La mujer no había visto lo que había visto él.

Parecía que el aguacero arreciaba a medida que la gabarra se iba acercando a la orilla. El roción del oleaje echaba tal cantidad de agua

por la regala que Moody se vio obligado a ayudar a la tripulación a achicar la barca, utilizando un cubo de cuero que le encasquetó mudamente un hombre al que le faltaban todos los dientes salvo las muelas traseras. Moody no tenía ánimos ni para inmutarse. Pasaron sobre la barra y entraron en la calma de la desembocadura del río sobre una ola coronada de blanco. No cerró los ojos. Cuando la gabarra llegó a su atracadero fue el primero en desembarcar, calado hasta los huesos y tan mareado que tropezó en la escalera, provocando que la barca se alejase de él con un violento bandazo. Como un hombre perseguido, enfiló el muelle tambaleándose, prácticamente renqueando, hasta que tocó tierra firme.

Cuando volvió la vista atrás, apenas pudo distinguir la frágil gabarra embistiendo su atracadero, al fondo del muelle. En cuanto al bricarca, hacía mucho que se había esfumado entre la neblina que flotaba en láminas de cristal empañado, oscureciendo los pecios, los vapores de la rada y, a lo lejos, el mar abierto. Moody hizo un alto, tambaleándose. Percibía vagamente a la tripulación sacando bolsas y maletas del barco, a los demás pasajeros correteando de acá para allá, a los mozos y estibadores gritando sus instrucciones bajo la lluvia. Veía la escena como a través de un velo, las figuras como a través de una gasa: como si la travesía, y todo lo concerniente a ella, ya hubiese sido reclamada por la niebla gris de su insegura imaginación; como si su memoria, reculando sobre sí misma, se hubiese topado con su reverso, la capacidad de olvidar, y hubiese invocado la neblina y las lluvias torrenciales a modo de paño espectral para protegerse de las formas de su pasado reciente.

Moody no se entretuvo. Se dio la vuelta y se fue corriendo por la playa, dejando atrás los mataderos, las letrinas, las barracas cortavientos que salpicaban el arenoso borde de la orilla, las tiendas de campaña que se combaban bajo el ceniciento peso de dos semanas de lluvia. Corría con la cabeza gacha y la maleta bien pegada al cuerpo, y no vio nada: ni los corrales, ni los altos hastiales de los almacenes ni las ventanas con parteluz de las oficinas de la calle del Embarcadero, tras las cuales unos cuerpos informes se desplazaban por habitaciones iluminadas. Moody siguió avanzando trabajosamente, hundido hasta las canillas en el fango, y cuando advirtió que la falsa fachada del hotel Crown se alzaba ante sus ojos salió disparado hacia ella y tiró la maleta al suelo para agarrarse con las dos manos a la puerta.

El Crown era un establecimiento de corte práctico, sin adornos, recomendable tan solo por su proximidad al muelle. Aun siendo

conveniente, sin embargo, esta característica difícilmente podía considerarse una virtud: aquí, tan cerca de los corrales, el sanguinolento olor a matanza se entremezclaba con el olor acre y salobre del mar, y recordaba sin cesar a una fresquera desatendida en la que hay una pieza podrida de carne sin curar. Por esta razón, Moody podría haber desdeñado el local sin pensárselo dos veces y haber optado, en cambio, por aventurarse en dirección norte por la calle Revell, hacia donde las fachadas de los hoteles se ensanchaban, lucían colores más vivos, incorporaban pórticos y ofrecían, con sus ventanales y su delicado calado, todos los consuelos de la riqueza y el confort a los que, como hombre de posibles que era, estaba acostumbrado... Pero Moody se había dejado todas sus facultades de discernimiento en el bamboleante vientre del *Godspeed*. Solo quería un refugio, y soledad.

Una vez que hubo cerrado la puerta a sus espaldas, amortiguando el sonido de la lluvia, la calma del vestíbulo vacío tuvo un efecto inmediato y físico en Moody. Ya hemos señalado que obtenía un considerable provecho personal de su aspecto, hecho del cual era completamente consciente: no estaba dispuesto a entablar sus primeras relaciones en una ciudad desconocida con la apariencia de un hombre angustiado. Sacudió el agua de su sombrero, se pasó la mano por el pelo, dio unas patadas al suelo para que le dejaran de temblar las piernas y ejercitó la boca de forma vigorosa, como poniendo a prueba su elasticidad. Ejecutó estos gestos deprisa y sin vergüenza. Para cuando apareció la criada, había compuesto su rostro con su habitual expresión de benévola indiferencia y estaba escudriñando la unión de cola de milano de la esquina del mostrador de recepción.

La criada era una muchacha de aspecto poco avisado, cabellos incoloros y dientes tan amarillos como su piel. Recitó los términos de las comidas y el alojamiento, desplumó diez chelines a Moody (soltándolos con un brusco repiqueteo en un cajón cerrado que había debajo del mostrador) y lo condujo con aire cansino al piso de arriba. Moody se percató del rastro de agua de lluvia que iba dejando a su paso y del enorme charco que había formado en el suelo del vestíbulo, así que le insistió en que aceptase una moneda de seis peniques; la criada la cogió con desprecio e hizo ademán de retirarse, pero de pronto pareció como si deseara haber sido más amable. Se sonrojó y, tras una breve pausa, sugirió que tal vez le apetecía que le subieran de la cocina una bandeja con la cena. «Para que se le sequen las entrañas», dijo, y estirando los labios le dedicó una sonrisa amarilla.

El hotel Crown se había construido recientemente, y todavía conservaba los trazos polvorientos y mielados de la madera recién desbastada; sus paredes seguían soltando gemas de savia por cada surco, y sus hogares aún estaban limpios de cenizas y manchas. La habitación de Moody estaba amueblada de forma muy rudimentaria, como en una pantomima donde una única silla evoca una casa grande y suntuosa. El cabezal apenas destacaba del colchón, y estaba relleno de algo semejante a torzales de muselina; las mantas eran ligeramente grandes y sus bordes se amontonaban sobre el suelo, de tal suerte que la cama, acurrucada como estaba bajo la desigual pendiente del alero, ofrecía un aspecto un tanto encogido. La desnudez confería a la estancia una cualidad espectral, inacabada, que podría haber sido inquietante si el panorama que se veía a través del cristal combado hubiese sido otra calle y otra época diferentes, pero para Moody el vacío era como un bálsamo. Colocó la maleta empapada en la estantería de al lado de la cama, escurrió y secó su ropa lo mejor que pudo, apuró toda una tetera, comió cuatro rebanadas de pan negro con jamón y, después de atisbar por la ventana el impenetrable aguaje de la calle, resolvió aplazar los asuntos que tenía pendientes en la ciudad hasta la mañana siguiente.

La criada había dejado el periódico de la víspera debajo de la tetera; ¡qué delgado era, para ser un periódico que costaba seis peniques! Moody sonrió al cogerlo. Tenía afición a las noticias intrascendentes, y le hizo gracia ver que «La Bailarina Más Seductora» del lugar también anunciaba sus servicios como «La Comadre Más Discreta» del lugar. El periódico dedicaba una columna entera a buscadores de oro desaparecidos («En caso de que esto llegase a los ojos de Emery Staines, o de cualquiera que conozca su paradero...») y toda una página a «Se necesitan camareras de bar». Moody leyó dos veces el periódico, incluidos los avisos sobre transportes, los anuncios de alojamientos con comida barata y varios discursos de campaña aburridísimos que se reproducían íntegros. Se sintió decepcionado: el *West Coast Times* se leía como una hoja parroquial. Pero ¿qué se había pensado? ¿Que un yacimiento de oro sería una exótica fantasía, toda oropel y promesas? ¿Que los mineros serían infames y taimados... asesinos todos ellos, todos ladrones?

Moody plegó lentamente el periódico. Sus pensamientos lo habían devuelto al *Godspeed* y al sangriento cofre que había en su bodega, y de nuevo el corazón empezó a palpitarle con fuerza. Se puso en pie y apartó bruscamente el periódico doblado. En cualquier caso, pensó, empezaba a oscurecer y no le gustaba leer en la penumbra.

Salió de su habitación y regresó al piso de abajo. Se encontró con la criada, que estaba retirada en el habitáculo de debajo de la escalera restregando con betún negro un par de botas de montar, y le preguntó si conocía algún salón donde pudiera pasar la tarde. La travesía lo había sometido a una enorme tensión, y tenía una necesidad acuciante de un brandy y de un lugar tranquilo donde dar descanso a sus ojos.

Esta vez la sirvienta estuvo más servicial; pocas veces, y distanciadas, debía de darle nadie seis peniques, pensó Moody, lo cual más adelante podría serle de utilidad si necesitaba de ella. La sirvienta le explicó que el salón del Crown estaba reservado esa noche para una fiesta privada —«Los Cordiales Católicos», aclaró, sonriendo de nuevo—, pero que podía llevarlo, si quería, a la sala de fumadores.

Moody volvió al presente con un sobresalto, y vio que Thomas seguía mirándolo con una expresión de intrigada expectación en el semblante.

—Le ruego me disculpe —dijo Moody, confuso—. Me temo que me he dejado llevar por mis pensamientos... por un momento...

—¿En qué estaba pensando? —dijo Balfour.

¿En qué había estado pensando? Solo en el pañuelo, en la mano de plata, en aquel nombre pronunciado ahogadamente en la oscuridad. La escena, reflexionó Moody, era como un pequeño mundo que poseía sus propias dimensiones. El tiempo ordinario podía transcurrir sin medida cuando su mente se extraviaba hasta allí. Por un lado, este vasto mundo del tiempo que discurre y los espacios que se desplazan, y por otro ese mundo pequeño y detenido de horror y desasosiego; encajaban el uno dentro del otro, una esfera dentro de otra esfera. Qué extraño que Balfour lo hubiese estado contemplando; que el tiempo real hubiese estado transcurriendo..., girando a su alrededor todo el rato...

—No estaba pensando en nada en particular —dijo—. He tenido que soportar una travesía difícil, eso es todo, y estoy muy cansado.

Tras él, uno de los jugadores de billar lanzó un tiro: un chasquido doble, un plaf aterciopelado, un murmullo de apreciación de los demás jugadores. El clérigo sacudió ruidosamente su periódico; otro hombre tosió; otro se quitó el polvo de la manga y se removió en la silla.

—Le estaba preguntando por su pelea —dijo Balfour.

—La pelea... —empezó a decir Moody, pero se interrumpió. De repente se sentía demasiado agotado para hablar siquiera.

–La disputa –le apuntó Balfour–. Entre usted y su padre.
–Lo siento –dijo Moody–. Los pormenores son delicados.
–¡Un asunto de dinero! ¿He dado en el clavo?
–Discúlpeme: no. –Moody se pasó la mano por el rostro.
–¡Conque no es de dinero! Entonces... ¡un asunto de amor! Está usted enamorado, pero su padre se resiste a dar su aprobación a la muchacha elegida...

–No, señor –dijo Moody–. No estoy enamorado.

–Es una lástima –dijo Balfour–. ¡Bueno! ¡Concluyo que ya está usted casado!

–No estoy casado.

–¡Quizá es que es un joven viudo!

–Jamás he estado casado, señor.

Balfour soltó una carcajada y levantó las manos para dar a entender que la reticencia de Moody se le antojaba exasperante a la vez que divertida, y muy absurda.

Mientras Balfour reía, Moody se irguió apoyándose en las muñecas y se giró para echar un vistazo a la habitación por encima del alto respaldo de su butaca. Quería involucrar a más hombres en su conversación, con la esperanza de desviar a Balfour de su objetivo. Pero nadie alzó la mirada para cruzarla con la suya; daba la impresión, pensó Moody, de que lo estaban evitando a propósito. Le pareció extraño. Pero la postura era incómoda y se estaba mostrando como un maleducado, así que retomó de mala gana su colocación anterior y volvió a cruzar las piernas.

–No es mi intención decepcionarlo, señor –dijo, cuando amainaron las risotadas de Balfour.

–Decepcionarme... ¡en absoluto! –exclamó Balfour–. No, no. ¡Guarda bien sus secretos!

–Me interpreta usted mal –dijo Moody–. No pretendo ocultar nada. Es un asunto que me resulta personalmente angustiioso, eso es todo.

–Ah –dijo Balfour–, pero eso siempre pasa, señor Moody, cuando se es joven... Ya sabe, sentir angustia por el pasado de uno..., no querer que se conozca..., no compartirlo jamás... con otros hombres, quiero decir.

–Sabía observación.

–¡Sabía! ¿Nada más?

–No lo entiendo, señor Balfour.

–¡Está usted empeñado en frustrar mi curiosidad!

–Confieso que me asusta un poco.

—¡Esta es una ciudad aurífera, señor! —dijo Balfour—. Uno debe confiar en sus semejantes..., fiarse de sus semejantes..., ¡no lo dude!

Esto aún era más raro. Por primera vez —quizá debido a que su frustración iba en aumento, lo cual sirvió para que atendiese más a la escena que tenía delante—, Moody empezó a sentir que se le despertaba el interés. El extraño silencio de la habitación no daba precisamente testimonio de esa fraternidad en la que todo es compartido y relajado... Es más, en lo referente a su propio carácter y a la reputación de que gozaba en la ciudad, ¡Balfour apenas había ofrecido ninguna información que hubiese podido dar pie a que Moody confiase más en él! Miró de reojo al hombre gordo que estaba pegado al hogar, cuyos párpados cerrados temblaban con el esfuerzo de fingir el sueño, y después al hombre rubio que estaba tras él, que no hacía más que pasarse el taco de billar de una mano a la otra, pero que daba toda la impresión de haber pedido el interés por la partida.

Se estaba tramando algo: de repente, no le cabía la menor duda. Balfour estaba interpretando un papel en nombre de los demás: lo estaba calando, pensó Moody. Pero ¿con qué fin? Había un sistema detrás de esta sarta de preguntas, un plan ingeniosamente oculto por las maneras excesivas de Balfour, por su derroche de simpatía y encanto. El resto de los presentes estaban escuchando, por mucho que pasaran las páginas de los periódicos como si tal cosa o fingieran dormir. Nada más caer en la cuenta, pareció que la habitación se clarificaba, como cuando unas estrellas dispersas al azar se resuelven ante los ojos en una constelación. Balfour ya no le parecía risueño y efusivo, como le había creído en un primer momento; por el contrario, le parecía crispado, tenso, desesperado incluso. Moody se preguntó si no daría mejores resultados complacer al hombre que contrariarlo.

Walter Moody tenía mucha experiencia en el arte de las confidencias. Sabía que, al confesar, uno se ganaba el sutil derecho a convertirse, a su vez, en el confesor del otro. Un secreto merece otro secreto, y un relato merece otro relato; la discreta expectativa de una respuesta en especie era una presión que sabía ejercer. Se enteraría de más cosas aparentando que confiaba en Balfour que sospechando abiertamente de él, porque si depositaba su confianza en el otro hombre, de manera voluntaria y sin reservas, Balfour se vería obligado a conceder la suya a cambio. No había ninguna razón para que no pudiese contar su historia familiar —por fastidioso que fuese recordarla— en aras de obtener la confianza de Balfour.

Lo sucedido a bordo del *Godspeed* no pensaba divulgarlo, por supuesto; pero a ese respecto no era menester disimular, pues no era esa la historia que Thomas Balfour le había pedido.

Habiendo reflexionado sobre todo esto, Moody cambió de táctica.

—Veo que aún me he de ganar su confianza —dijo—. No tengo nada que ocultar, caballero. Allá va mi relato.

Balfour se dejó caer en su sillón con aire muy satisfecho.

—¡Lo llama relato! —dijo, de nuevo sonriendo abiertamente—. ¡Entonces me sorprende, señor Moody, que no tenga que ver ni con el amor ni con el dinero!

—Solamente con su ausencia, me temo —dijo Moody.

—Su ausencia... sí —dijo Balfour, sin dejar de sonreír. Hizo una señal a Moody para que continuase.

—Primero he de ponerlo al tanto de los pormenores de mi historia familiar —dijo Moody, y a continuación se quedó callado un momento, los ojos entrecerrados, la boca fruncida.

El sillón en el que estaba sentado estaba enfrente del hogar, de tal suerte que casi la mitad de los presentes estaban detrás de él, sentados o de pie, volcados en sus diversos pasatiempos fingidos. Durante los pocos segundos de gracia que había ganado intentando parecer que ponía en orden sus pensamientos, Moody dejó que su mirada vagase a su izquierda y a su derecha para tomar nota de los oyentes que tenían más cerca, los que estaban sentados en torno al fuego.

Junto al hogar estaba el hombre gordo que simulaba dormir. De todos los presentes era, con diferencia, el que más ostentación mostraba en el vestir: una enorme cadena de reloj, gruesa como su dedo pulgar, le colgaba por el pecho, entre el bolsillo del chaleco de terciopelo y la pechera de la camisa de cambray; intercalados en la cadena había trozos de oro del tamaño de un nudillo. El hombre que estaba a su lado, y al otro lado de Balfour, quedaba parcialmente oculto por la oreja de la butaca, de modo que lo único que Moody veía de él era el destello de su frente y la punta brillante de su nariz. Llevaba una chaqueta de espiguilla, una tupida trama de lana muy calurosa para estar tan cerca del fuego, y su sudor traicionaba la pose de aparente soltura con la que se había instalado en la silla. No se estaba fumando un puro; sus manos jugueteaban sin cesar con una pitillera. A la izquierda de Moody había otra butaca de orejas, tan arrimada a la suya que oía el silbido nasal de la respiración de su vecino. Este hombre era moreno y de complexión delgada, y tan

alto que, sentado con las rodillas juntas y las suelas de los zapatos plantadas en el suelo, parecía que estaba doblado por la mitad. Estaba leyendo un periódico, y, en general, su fingida indiferencia le estaba saliendo mucho mejor que a los demás; aun así, tenía los ojos un poco vidriosos, como si no estuviese enfocando los caracteres de imprenta, y llevaba un buen rato sin pasar la página.

—Soy el menor de dos hijos —comenzó Moody al fin—. Mi hermano, Frederick, me saca cinco años. Nuestra madre murió casi al final de mis años de escuela —yo volví a casa por muy breve tiempo, solo para enterrarla— y poco después mi padre se volvió a casar. Por aquel entonces yo no conocía a su segunda esposa. Era —es— una mujer callada y delicada, una mujer llena de miedos que enfermaba con frecuencia. En lo delicada no se parece en nada a mi padre, un hombre tosco y muy aficionado a la bebida.

»No hacían buena pareja; creo que las dos partes se arrepintieron del casamiento y lo consideraron un error, y lamento decir que mi padre trataba muy mal a su nueva esposa. Hace tres años mi padre desapareció, dejándola en Edimburgo sin recursos para vivir. Podría haber acabado como una menesterosa, o algo peor, tal fue la súbita miseria a la que se vio abocada. Recurrió a mí (por carta, claro, pues yo estaba en el extranjero), y volví a casa al punto. Me convertí en su protector, en un sentido modesto. Hice gestiones para ayudarla, que aceptó, si bien con cierta amargura ya que su suerte estaba muy cambiada. —Moody soltó una risa seca e incómoda—. Le procuré un modesto medio de vida..., un empleo, ya me entiende. Después me fui a Londres con el propósito de encontrar a mi padre. Allí agoté todos los métodos posibles para localizarlo, y en ello se me fue un dineral. Entonces empecé a pensar en obtener algún tipo de ingresos de mi educación, pues sabía que ya no podía contar con mi herencia como garantía y en la ciudad mi crédito había mermado mucho.

»Mi hermano mayor no sabía nada del abandono de nuestra madrastra: se había ido a buscar fortuna a los yacimientos de oro de Otago unas semanas antes de que mi padre desapareciera. Era propenso a este tipo de fantasías..., supongo que cabría decir que tenía un espíritu aventurero, aunque nunca tuvimos una relación estrecha después de la infancia, y confieso que no lo conozco bien. Pasaron meses, años incluso; no regresó, ni tampoco envió noticias de ningún tipo. Mis cartas no obtuvieron respuesta. De hecho, a estas alturas todavía no sé si acabaron llegando a sus manos. Al cabo del tiempo, también yo reservé un pasaje en un barco que

iba a Nueva Zelanda, con la intención de informar a mi hermano de los cambios de nuestra situación familiar y quizá –si estaba vivo, naturalmente– de sumarme a él en los yacimientos durante una temporada. De mi fortuna no quedaba ya nada, los intereses de mi renta de perpetuidad se habían agotado hacía tiempo y me comían las deudas. En Londres había estudiado en el Inner Temple, y supongo que podría haberme quedado allí a esperar a sacarme el título..., pero no siento un verdadero amor por las leyes. Se me hacía insoportable, así que zarapé con rumbo a Nueva Zelanda.

»Cuando tomé tierra en Dunedin, no hace ni dos semanas, me enteré de que el oro de Otago había quedado prácticamente eclipsado por los nuevos descubrimientos hallados aquí, en la Costa. Vacilé, sin saber hacia dónde aventurarme primero, y mi vacilación se vio recompensada de la manera más inesperada: me encontré con mi padre.

Balfour soltó un murmullo, pero no lo interrumpió. Estaba mirando fijamente el fuego, la boca fruncida con aire juicioso en torno al puro y la mano reposando holgadamente en torno al vaso. Los once restantes estaban tan quietos como él. La partida de billar debía de haberse quedado a medias, porque Moody ya no oía el clic de las bolas por detrás. El silencio tenía algo de expectante, como si los oyentes estuviesen esperando a que revelase algo muy concreto... o temiendo que lo hiciera.

–No fue un feliz reencuentro –continuó Moody. Hablaba muy alto, por encima del repiqueteo de la lluvia; lo bastante alto como para que lo oyesen todos y cada uno de los presentes, pero no tanto como para parecer consciente de que le estaban prestando atención–. Estaba borracho, y enfadado por el hecho de que lo hubiera descubierto. Me enteré de que se había hecho rico y de que se había casado de nuevo, con una mujer que sin duda no conocía ni su historia ni, desde luego, la circunstancia de que estaba legalmente atado a otra mujer. En cuanto a mí, lamento admitirlo, no me sorprendió. Mis relaciones con mi padre nunca han sido cordiales, y no era la primera vez que lo pillaba en circunstancias cuestionables..., si bien, que conste, jamás en una situación de tamaña magnitud delictiva.

»Mi auténtico asombro tuvo lugar cuando pregunté por mi hermano y supe que había sido el instigador de mi padre desde el principio: habían orquestado juntos el abandono, y habían viajado al sur como socios. No esperé a encontrarme con Frederick porque me sentía incapaz de verlos juntos a los dos, e hice ademán de

marcharme. Mi padre se puso agresivo y trató de detenerme. Me escapé, y al punto planeé viajar hasta aquí. Tenía dinero suficiente para volver directamente a Londres si quería, pero mi pesar era tal que... –Moody se interrumpió y movió los dedos en un gesto de impotencia–. No sé –dijo al cabo–. Pensé que el duro trabajo de los yacimientos me sentaría bien, durante un tiempo. Y no quiero ser abogado.

Se hizo un silencio. Moody sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante en su silla.

–Es una triste historia –dijo, con más brío–. Me avergüenzo de mi sangre, señor Balfour, pero me he propuesto no darle demasiadas vueltas. Me he propuesto empezar de nuevo.

–¡Triste, en efecto! –exclamó Balfour, arrancándose por fin el puro de la boca y agitándolo–. Lo siento por usted, señor Moody, y también lo elogio: las dos cosas. Pero ha elegido el camino de los yacimientos de oro, ¿no es así? ¡Reinvención! Es más, me atrevería a decir ¡revolución! Que un hombre pueda empezar de nuevo..., que pueda crearse de nuevo a sí mismo... ¡Pues claro que sí!

–Sus palabras son alentadoras.

–Su padre..., su apellido también será Moody, supongo.

–Lo es. Su nombre de pila es Adrian; ¿tal vez ha oído hablar de él?

–No –dijo Balfour y, a continuación, al darse cuenta de la decepción del otro, añadió–: Lo cual no significa nada, claro está. Yo me dedico al negocio de los transportes marítimos, como ya le he dicho; últimamente no tengo trato con los hombres de los yacimientos. Estuve viviendo en Dunedin. Estuve allí casi tres años. Pero si su padre tuvo suerte en las excavaciones, debió de estar en el interior, por las tierras altas. Pudo estar en cualquier sitio... Tuapeka, Clyde... en cualquier sitio. Pero a ver, señor Moody, volvamos al presente. ¿No teme que lo vaya a seguir?

–No –contestó Moody, sin más–. El día en que lo dejé, me empecé por crear la impresión de que partía de inmediato hacia Inglaterra. En los muelles me topé con un hombre que quería ir a Liverpool. Le expliqué mis circunstancias, y tras una breve negociación nos intercambiamos la documentación. Él dio mi nombre al encargado de los billetes, y yo di el suyo. Si mi padre preguntase en la aduana, los agentes le darían pruebas de que ya he abandonado estas islas y estoy volviendo a casa.

–Pero quizá su padre... y su hermano... vengan a la Costa por otros motivos. A los yacimientos.

–Eso no lo puedo predecir –reconoció Moody–. Pero por lo que deduje de su situación actual, habían encontrado oro más que de sobra en Otago.

–¡Oro... más que de sobra, dice! –Parecía que Balfour iba a echarse a reír de nuevo.

Moody se encogió de hombros.

–Bueno –dijo fríamente–. He considerado la posibilidad de que vengan, por supuesto. Pero no cuento con ello.

–No, por supuesto, por supuesto –dijo Balfour, dando palmaditas a la manga de Moody con su manaza–. Hablemos ahora de cosas más esperanzadoras. Dígame, ¿qué piensa hacer cuando ya haya acumulado una cantidad decente? ¿Volver a Escocia a gastarse allí la fortuna?

–Eso espero –dijo Moody–. He oído que puede uno sacarse una renta en cuatro meses o menos, lo cual me permitiría salir de aquí antes de que lleguen los peores meses del invierno. ¿Es una expectativa probable, en su opinión?

–Muy probable –dijo Balfour, dirigiendo la sonrisa a las brasas–, muy probable, en efecto... sí, cabe contemplarla. ¿Así que no tiene colegas en la ciudad? ¿No fue nadie a recibirlo al muelle, no hay nadie con quien pueda juntarse..., muchachos del terruño?

–Nadie, señor –le dijo Moody, por tercera vez aquella tarde–. Vine hasta aquí solo, y, como ya le he dicho, tengo la intención de labrarme mi propia fortuna, sin ayuda de nadie.

–Ah, sí –dijo Balfour–, labrarse su propia fortuna..., bueno, mejor dicho perseguirla, a la manera moderna. Pero el compañero de un buscador es como su sombra... Esta es otra de las cosas que hay que saber..., como su sombra, o como su esposa...

El comentario provocó un murmullo de regocijo que recorrió la habitación: no una abierta risotada, sino una mera exhalación silenciosa emitida desde varios lugares a la vez. Moody echó un vistazo a su alrededor. Al concluir su relato había notado cierto relajamiento en el ambiente, un alivio colectivo. Los hombres habían temido algo, pensó, y su historia les había dado motivos para aparcarse su temor. Por primera vez se preguntó si su miedo estaría relacionado de alguna manera con el horror que había presenciado a bordo del *Godspeed*. La idea le resultaba extrañamente desagradable. Se negaba a creer que su recuerdo privado pudiese ser explicable a ningún otro hombre, y, menos aún, que ningún otro hombre pudiera compartirlo. (El sufrimiento, pensó después, podía privar a un hombre de la empatía, tornarlo egoísta, llevarlo a

menospreciar al resto de los sufridores. Esta certeza, cuando llegó, lo sorprendió).

Balfour estaba sonriendo.

—Sí..., su sombra o su esposa —repitió, asintiendo con la cabeza a la vez que miraba a Moody con admiración, como si el autor de la broma hubiese sido Moody y no él. Se acarició varias veces la barba con el hueco de la mano y soltó unas risitas.

Y es que sentía un inmenso alivio. Una herencia perdida, un matrimonio falso, una mujer de alta cuna obligada a trabajar... Estas traiciones pertenecían a un mundo completamente distinto, pensó Balfour; un mundo de salones, tarjetas de visita y vestidos de fiesta. Le parecía encantador que semejantes cambios de fortuna pudieran pasar por tragedias, que el joven las confesara con la vergüenza adusta y controlada de un hombre al que lo habían enseñado a creer, desde el momento mismo de su nacimiento, que su patrimonio no cambiaría jamás. Mira que hablar de eso aquí... ¡en la vanguardia del mundo civilizado! Hokitika estaba creciendo más deprisa que San Francisco, decían los periódicos, y a partir de la nada... A partir de la vetusta y putrefacta vida de la selva, a partir de las marismas, los cambiantes cauces y la niebla, a partir de aguas taimadas, ricas en mineral de oro. Aquí no había hombres hechos a sí mismos; estaban haciéndose a sí mismos mientras se agachaban en el barro para lavarlo. Balfour se tocó la solapa. La historia de Moody era conmovedora, y le había despertado un sentimiento indulgente, paternal..., pues a Balfour le encantaba que le recordasen que él era un hombre moderno (emprendedor, sin el estorbo de las ataduras sociales), mientras que otros seguían zozobrando en las trazas de una era caduca.

Esto, por supuesto, era un veredicto que decía menos del prisionero que del juez. La voluntad de Balfour era demasiado fuerte como para dejar paso a la filosofía, a no ser que fuese una filosofía de la más sólida modalidad empírica; su liberalidad no le encontraba ningún sentido a la desesperación, que a sus ojos era un pozo insondable, dotado de profundidad pero no de anchura, sofocado en su aislamiento, navegable solo a ciegas y carente de todo interés. El alma no lo fascinaba lo más mínimo, y la veía como un mero pretexto para los misterios del humor y la aventura, más vastos y gozosos; sobre las noches oscuras del alma, carecía de opinión. Solía decir que el único vacío interior al que prestaba algún tipo de atención era el apetito, y aunque al decirlo se reía y parecía muy ufano, lo cierto era que su simpatía rara vez se extendía a situacio-

nes a las que supuestamente debía extenderse la simpatía. Se mostraba indulgente con el espacio abierto del futuro de los demás, pero los herméticos habitáculos de sus pasados lo impacientaban.

—En cualquier caso —prosiguió—, anote lo que le voy a decir como un segundo consejo: procúrese un amigo. Hay por ahí montones de cuadrillas que agradecerían un par de manos extra. Así se hace, ¿sabe?... Primero encuentre un colega, después forme una cuadrilla. No he conocido a nadie que lo consiga a solas. ¿Tiene ropa y hato?

—Me temo que en este punto estoy a merced del clima —dijo Moody—. Mi baúl sigue a bordo del barco; con el tiempo tan inclemente que hacía, era demasiado arriesgado cruzar la barra esta noche, y me aseguraron que mis pertenencias estarían en la aduana mañana por la tarde. A mí me trajo una gabarra; una pequeña tripulación vino remando valerosamente para acercar a los pasajeros a tierra.

—Ah, sí —dijo Balfour, en un tono más serio—. Solo en el último mes hemos visto tres naufragios en la barra. Es espantoso. Pero oiga, se saca dinero de esto. Cuando los barcos están llegando la gente no hace mucho caso. Pero cuando zarpan..., cuando zarpan, hay oro a bordo.

—Tengo entendido que el desembarco en Hokitika tiene fama de ser muy traicionero.

—Tiene mala fama, en efecto. Y no hay nada que hacer cuando una nave tiene más de cien pies. Ya puede soltar el vapor de toda una chimenea, que ni así conseguirá impulsarse al otro lado. Un espectáculo de fuegos artificiales de primera, con las bengalas disparándose por doquier. Pero a decir verdad..., no son solo los vapores. No solo las naves grandes. Todos se la juegan en la barra de Hokitika, Walter. En esa arena encalla hasta una goleta si viene mala marea.

—Lo creo, lo creo —dijo Moody—. Nuestra nave era un bricbarca —no demasiado grande, ágil, lo bastante resistente para capear el peor de los temporales—, y sin embargo el capitán no quiso que corriera el riesgo. Decidió echar anclas en la rada y esperar a la mañana siguiente.

—¿Era la *Waterloo*? Esa es de las habituales, va y viene de Chalmers.

—No, era un flete privado —dijo Moody—. El *Godspeed*.

Se diría que había sacado una pistola del bolsillo, a juzgar por la impresión que causó el nombre. Moody miró a su alrededor (sin alterar su expresión afable) y vio que la atención de todos los presentes se había volcado en él sin disimulos. Hubo varios que soltaron

sus periódicos; los que habían estado dormitando abrieron los ojos, y uno de los jugadores de billar dio un paso hacia él, poniéndose bajo la luz de la lámpara.

También Balfour se había estremecido al oír el nombre del bricbarca, pero sus ojos grises sostuvieron serenamente la mirada de Moody.

—Ah, sí—dijo, y al instante pareció que se despojaba de la efusión y la bravuconería que había caracterizado su actitud hasta ese momento—. Le confieso que el nombre de esa embarcación no me es desconocido, señor Moody..., no me es desconocido..., pero quisiera confirmar asimismo el nombre del capitán, si no tiene usted inconveniente.

Moody estaba escrutando el rostro de Balfour en busca de una cualidad muy particular, una cualidad que lo habría avergonzado nombrar en voz alta, de haberse visto obligado a hacerlo. Intentaba averiguar si Balfour parecía angustiado. Estaba seguro de que si la mente del otro hombre se imaginaba de repente, o recordaba, el tipo de horror preternatural con el que se había topado Moody a bordo del *Godspeed*, su efecto saltaría la vista. Pero Balfour solo parecía cauteloso, como un hombre que se entera del regreso de uno de sus acreedores y empieza a repasar para sus adentros las excusas y los medios de huida de que dispone... No parecía atormentado, ni tampoco temeroso. Moody estaba seguro de que a cualquiera que hubiese presenciado lo mismo que él se le notaría la huella. Y lo cierto es que Balfour estaba distinto: su aspecto delataba cierta sagacidad que antes no estaba presente; su mirada, una agudeza nueva. Moody se sintió vigorizado por este cambio. Comprendió, en un arranque de excitación, que lo había subestimado.

—Creo que el capitán se llamaba Carver—dijo lentamente—, Francis Carver, si recuerdo bien; un tipo de una fortaleza considerable, con una mirada amenazante y una cicatriz blanca en la mejilla... ¿Encaja esta descripción con su hombre?

—Encaja. —Balfour, a su vez, estaba escudriñando el rostro de Moody—. Siento mucha curiosidad por saber cómo llegaron a conocerse usted y el señor Carver—dijo al cabo de un momento—. Si me permite usted la intromisión, claro está.

—Lo siento, pero Carver y yo no nos conocemos—dijo Moody—. Es decir, estoy seguro de que no me reconocería si volviese a verme.

Estaba decidido, conforme a su estrategia, a sortear cortésmente y sin reservas las preguntas de Balfour: esto le daría licencia más adelante para exigir respuestas a las suyas. Moody tenía un formidable

talento para el arte de la diplomacia. De niño había sabido de manera instintiva que siempre es mejor contar de buen grado una mentira parcial que contar una verdad perfecta a la defensiva. La apariencia de cooperación daba sus resultados, aunque solo fuera porque obligaba a la reciprocidad, a ser justos. No volvió a mirar a su alrededor, sino que mantuvo los ojos bien abiertos y la cara franca y dirigió su discurso solo a Balfour, como si los once hombres que lo miraban fijamente desde la periferia no lo molestasen lo más mínimo.

—En ese caso —estaba diciendo Balfour—, me atrevo a adivinar que compró usted su billete al oficial de cubierta.

—Depositó el dinero directamente en su bolsillo, señor.

—¿Llegó a un acuerdo privado con él?

—El plan había sido ideado por la tripulación, con el consentimiento del patrón —replicó Moody—. Un modo harto sencillo de embolsarse un chelín de más, supongo. No había camarotes de ningún tipo..., te asignaban un lugar debajo de la cubierta y te ordenaban que estuvieses ojo avizor y que no molestases. La situación distaba mucho de ser ideal, por supuesto, pero mis circunstancias me obligaban a partir inmediatamente de Dunedin, como sabe, y el *Godspeed* era el único que tenía la salida programada para ese día. No conocía al oficial de cubierta antes de nuestra transacción, ni a ninguno de los otros pasajeros, ni a nadie de la tripulación.

—¿Cuántos pasajeros subieron a bordo?

Moody miró a Balfour a los ojos sin perder la compostura.

—Ocho —dijo, y cerró la boca en torno al puro.

Al oír esto, Balfour saltó al punto:

—¿Usted y siete más? ¿Ocho en total?

Moody declinó responder directamente a la pregunta.

—La lista de pasajeros se publicará en el periódico del lunes; usted mismo podrá examinarla —respondió con una expresión algo incrédula, como insinuando que la necesidad de aclaración de Balfour no solo era innecesaria sino también indecorosa. Añadió—: Mi verdadero nombre, claro está, no aparecerá en ella. Viajé con el nombre de Philip de Lacy, el hombre cuya documentación compré en Dunedin. Walter Moody, según las autoridades, se halla en estos momentos en algún lugar del Pacífico Sur..., supongo que rumbo al este, hacia el Cuerno.

La expresión de Balfour se mantuvo serena.

—Permítame, por favor, que le pregunte una cosa más —dijo—. Me gustaría saber, simplemente, si tiene usted motivos para pensar bien o mal de él. Del señor Carver, quiero decir.

—No sé si seré capaz de responderle con imparcialidad —dijo Moody—. Mis únicas fuentes son la sospecha y el rumor. Creo que el hombre tenía cierta presión para salir de Dunedin, porque estaba deseoso de soltar amarras a pesar de que se pronosticaba un temporal inminente, pero ignoro por completo cuál era el asunto que lo apremiaba. No lo conocí personalmente, y durante la travesía solo lo vi a distancia, y pocas veces, pues pasaba mucho tiempo en su cabina. Así que ya ve usted que mi opinión no vale gran cosa. Y aun así...

—Y aun así... —apuntó Balfour al ver que Moody no seguía. Esperó.

—Para serle franco, señor —dijo Moody dándose la vuelta para mirarlo de frente—, mientras estaba a bordo descubrí ciertos pormenores relacionados con el cargamento que me hicieron dudar de que la misión del barco fuese honesta. Si de algo estoy seguro, es de esto: espero no enemistarme jamás con el señor Carver, si está en mi poder evitar tal eventualidad.

El hombre moreno que estaba a la izquierda de Moody se había puesto tenso.

—¿Dice que encontró algo en el cargamento? —intervino, inclinandose hacia delante.

«¡Ajá!», pensó Moody. «Ha llegado el momento de aprovechar mi ventaja». Se volvió para dirigirse al nuevo interlocutor.

—Le ruego me disculpe si omito los detalles —dijo—. No pretendo faltarle al respeto, señor, pero somos extraños el uno para el otro; mejor dicho, teniendo en cuenta que la conversación de esta noche ha llegado a más oídos que a los del señor Balfour, es usted quien es un extraño para mí. A este respecto estoy en desventaja, no en relación conmigo mismo, ya que me he retratado verazmente, sino con usted, puesto que me ha conocido sin que medien presentaciones y ha escuchado mi relato sin invitación ni correspondencia por su parte. Nada tengo que ocultar en relación con este viaje ni con ningún otro de los que he hecho, pero confieso —dijo para rematar, y se volvió nuevamente hacia Balfour— que es molesto que a uno lo interrogue de manera tan implacable alguien que no divulga nada por iniciativa propia.

Lo anterior se formuló mucho más agresivamente de lo que tenía Moody por costumbre, pero había hablado con calma y con dignidad, y sabía que tenía razón. No parpadeó; miro a Balfour de hito en hito y, con sus ojos serenos abiertos de par en par, aguardó respuesta. La mirada de Balfour se escabulló hacia el hombre more-

no que había hecho la interrupción, y después volvió para cruzarse con la de Moody. Suspiró. Se levantó de la silla, tiró el chicote del puro al fuego y extendió la mano.

—Ese vaso hay que llenarlo, señor Moody —dijo en voz baja—. Permítame, si es tan amable.

Se acercó en silencio al aparador, seguido del hombre moreno, que, una vez desplegado cuan alto era, casi rozaba el bajo techo de la habitación. El hombre se inclinó hacia Balfour y empezó a mascularle unas palabras urgentes al oído. Balfour hizo un gesto afirmativo y masculló algo a su vez. Debía de ser una orden, porque acto seguido el hombre alto se desplazó hasta la mesa de billar, hizo señas al hombre rubio para que se acercase y le transmitió un mensaje susurrado. Inmediatamente, el hombre rubio empezó a asentir con ademán enérgico. Mientras los observaba, Moody sintió que recuperaba su agudeza de siempre. El brandy lo había animado, había entrado en calor y estaba seco, y nada había tan infalible para levantarle la moral como la perspectiva de un relato.

Ocurre a menudo que cuando a una persona que se halla sometida a algún tipo de presión se le exige que atienda a una dificultad de otra índole, una que no lo incumbe en lo más mínimo, el segundo problema actúa sobre el primero como una especie de bálsamo. Esto fue lo que sintió Moody ahora. Por vez primera desde que había desembarcado de la gabarra se notó capaz de pensar con claridad en su reciente desventura. En el contexto de este nuevo secreto, fue como si de alguna manera su recuerdo privado se liberase. Podía recordar la escena que lo había obsesionado: el muerto levantándose, su garganta ensangrentada, su grito, y hallarla como de fábula, fantásica; sin dejar de ser horrenda, en cierto sentido lo era de un modo mucho más explicable. La historia había cobrado una especie de valor: si la utilizaba para hacer un intercambio, podía sacar provecho de ella.

Observó cómo iba pasando el mensaje de un hombre a otro, en susurros. No pudo distinguir nombres propios pues el batiburrillo de acentos extraños lo impedía, pero era evidente que la cuestión debatida era algo que afectaba a todos los hombres de la habitación. Se obligó a sí mismo a valorar la situación con cuidado y de modo racional. La falta de atención ya lo había llevado esa tarde a un error de juicio; no volvería a equivocarse. Se estaba cociendo un atraco, supuso, o tal vez se estuvieran aliando contra alguien. Contra el señor Carver, quizá. En total eran doce, lo cual hizo pensar a Moody en un jurado... pero la presencia de los hombres chinos y del nati-

vo maorí lo hacía imposible. ¿Habría interrumpido una especie de concilio secreto, por decirlo así? Pero ¿qué tipo de conciliábulo podía abarcar un abanico tan variado de razas, rentas y patrimonios?

Huelga decir que el semblante de Walter Moody no delataba el tema de sus pensamientos. Había calibrado su expresión en el punto exacto entre el grave desconcierto y la disculpa, como para dar a entender que, si bien era muy consciente de las molestias que estaba ocasionando, no tenía ni la más remota idea de en qué podrían consistir esas molestias, y que, en lo tocante a cómo obrar, estaba dispuesto a seguir cualquier instrucción que no procediera de él mismo.

Fuera, el viento cambió de dirección y envió una ráfaga húmeda por la chimenea, de suerte que las brasas viraron al escarlata y por un breve instante Moody pudo oler la sal del mar. La actividad del hogar pareció despertar al hombre gordo, que era el que más cerca se hallaba del fuego. Se despegó del sillón resoplando del esfuerzo y se acercó arrastrando los pies hasta donde estaban los demás, junto al aparador. Una vez que se hubo ido, Moody se vio solo delante del fuego con el hombre del traje de espiguilla, que en ese momento se inclinó hacia delante y habló.

–Quisiera presentarme, si no tiene inconveniente –dijo, abriendo de golpe su cigarrera de plata por primera vez y seleccionando un cigarrillo. Hablaba con un acento manifiestamente francés, y con una gestualidad entrecortada y correcta–. Me llamo Aubert Gascoigne. Espero que disculpe el hecho de que yo ya conozca su nombre.

–Pues casualmente –dijo Moody, con un pequeño sobresalto de sorpresa–, creo que yo también conozco el suyo.

–Entonces bien está que nos presentemos –dijo Aubert Gascoigne. Se había estado hurgando en los bolsillos en busca de cerillas; se detuvo ahora con la mano en el bolsillo de la pechera, como un coronel disoluto posando para un dibujo–. Pero siento curiosidad. ¿Cómo es que me conoce, señor Moody?

–Leí su discurso esta tarde, en la edición del viernes del *West Coast Times*... ¿Me equivoco? Si no recuerdo mal, se expresaba usted en nombre del juzgado.

Gascoigne sonrió y sacó la caja de cerillas.

–Ahora lo entiendo. Soy agua pasada. –Sacudió la caja para sacar una cerilla, ladeó la bota sobre la rodilla y la prendió con la suela.

–Discúlpeme –comenzó Moody, temiendo haberlo ofendido, pero Gascoigne negó con la cabeza.

–No me ha insultado –dijo cuando ya hubo encendido el cigarrillo–. Veamos. Es usted un forastero que acaba de llegar a una ciudad desconocida, y ¿qué es lo primero que hace? Encuentra un periódico del día anterior y lee el boletín del juzgado. Se aprende el nombre de los infractores de la ley, por un lado, y de los que la hacen cumplir, por otro. Una estrategia excelente.

–No he seguido ningún método –dijo Moody modestamente.

El nombre de Gascoigne había aparecido en la tercera página del periódico bajo un breve sermón, de un párrafo a lo sumo, sobre la iniquidad del crimen. El discurso iba precedido de una lista de todos los arrestos que se habían efectuado ese mes. (No recordaba ninguno de los nombres, y a decir verdad solo había recordado el de Gascoigne porque su antiguo maestro de latín se había llamado Gascoyen; la familiaridad le había llamado la atención).

–Tal vez no –replicó Gascoigne–, pero aun así le ha traído hasta el corazón mismo de nuestro desasosiego: un asunto que lleva dos semanas en boca de todos.

Moody frunció el ceño.

–¿Tiene que ver con delincuentes de poca monta?

–Con uno en concreto.

–¿Intento adivinar de quién se trata? –preguntó Moody a la ligera al ver que el otro hombre no seguía hablando.

Gascoigne se encogió de hombros.

–Como quiera. Me refiero a la puta.

Moody arqueó las cejas. Intentó recordar el catálogo de arrestos... Sí, puede que uno de los nombres citados fuera el de una mujer. Se preguntó qué podrían decir los hombres de Hokitika sobre el arresto de una puta. Tardó un momento en hallar las palabras para formular una respuesta adecuada, y, para su sorpresa, Gascoigne se rio.

–Le estoy tomando el pelo –dijo–. No permita que le tome el pelo. Su delito no se mencionaba, por supuesto, pero si lee con un poco de imaginación lo verá. Dice llamarse Anna Wetherell.

–No estoy seguro de saber leer con imaginación.

Gascoigne volvió a reír, expulsando una penetrante bocanada de humo.

–Pero usted es abogado, ¿no?

–Solo de formación –dijo Moody con fría formalidad–. Aún no me he titulado.

–Pues sepa que siempre hay un trasfondo en las alocuciones del juzgado –explicó Gascoigne–. «Caballeros de Westland»: ahí

tiene la primera pista. «Delitos ignominiosos y degradantes»: ahí tiene la segunda.

–Ya veo –dijo Moody, aunque no era cierto. Su mirada pasó fugazmente por encima del hombro de Gascoigne: el hombre gordo se había acercado a la pareja de chinos, y estaba garabateando algo en la guarda de su libreta para que lo leyeran-. ¿No será que acusaron equivocadamente a la mujer? ¿No será eso lo que llamó la atención de todo el mundo?

–Qué va, no la encarcelaron por prostituirse –dijo Gascoigne-. ¡Eso a los agentes de policía les importa un bledo! Siempre que un hombre sea discreto, ellos tan contentos de mirar hacia otro lado.

Moody esperó. Había un no sé qué inquietante en el modo de hablar de Gascoigne: era a la vez cauteloso y confiado. Moody pensó que no podía fiarse de él. El oficial de juzgado debía de tener treinta y tantos años. Su cabello claro estaba empezando a encanecer por encima de las orejas, y lucía un bigote cepillado a ambos lados de la raya. Llevaba un traje de espiguilla muy entallado.

–Además –añadió Gascoigne al cabo de un instante–, ¡si hasta el propio sargento se le insinuó nada más recluirla!

–¿Recluirla? –repitió Moody, sintiéndose estúpido. Deseó que las palabras del otro fueran menos enigmáticas y que diera más detalles. Tenía un aire distinguido (a su lado, Thomas Balfour era un bocazas), pero de alguna manera parecía una distinción añorada. Hablaba como un hombre decepcionado, como si la perfección solo existiese para él como algo que se recuerda... y que después se lamenta, por haberse perdido.

–Intentaron quitársela de en medio con un juicio porque intentó quitarse la vida –dijo Gascoigne-. Hay cierta simetría en eso, ¿no cree? Intentaron quitársela porque intentó quitarse.

A Moody le pareció inadecuado asentir, y en cualquier caso no le apetecía continuar con ese tipo de reflexiones. Preguntó, para cambiar de tema:

–¿Y el patrón de mi nave, el señor Carver? Supongo que estará relacionado de alguna manera con esta mujer, ¿no?

–Sí, Carver tiene relación con ella, vaya si la tiene –dijo Gascoigne. Miró el cigarrillo que tenía en la mano, pareció que de repente le daba asco y lo echó al fuego-. Carver mató a su propio hijo.

Moody retrocedió horrorizado.

–¿Cómo dice?

–No pueden demostrarlo, naturalmente –dijo Gascoigne con tono misterioso–. Pero ese hombre es una bestia. Hace usted bien queriendo evitarlo.

Moody se lo quedó mirando fijamente, de nuevo sin saber qué decir.

–Cada hombre tiene su moneda –añadió Gascoigne al cabo de unos instantes–. Puede ser el oro; puede que sean las mujeres. Anna Wetherell era ambas cosas, ¿me entiende?

Justo entonces regresó el hombre gordo con su vaso lleno; se sentó, miró primero a Gascoigne y luego a Moody y pareció reconocer, confusamente, la obligación social de presentarse. Se inclinó hacia delante y extendió la mano con cierta brusquedad.

–Dick Mannering.

–Encantado –dijo Moody con un tono más bien automático. Se sentía desorientado. Deseaba que no hubiese interrumpido a Gascoigne justo en ese momento; así habría podido apremiarlo a que se extendiese sobre el asunto de la puta. Sería una indelicadeza intentar recuperar el tema ahora; de todos modos, Gascoigne había vuelto a recostarse en su butaca, y su semblante se había vuelto inexpresivo. De nuevo empezó a manosear la cigarrera.

–Teatro Prince of Wales, ese soy yo –añadió Mannering a la vez que se recostaba.

–Estupendo –dijo Moody.

–El único espectáculo que hay por aquí. –Mannering dio unos golpecitos con los nudillos en el brazo de su silla, buscando un modo de proseguir. Moody echó un vistazo a Gascoigne, pero el oficial de juzgado tenía la mirada clavada amargamente en su regazo. Era evidente que la reaparición del gordo le había resultado hartamente desagradable; también era evidente que no veía ningún motivo para ocultarle su desagrado al objeto del mismo..., cuyo rostro, observó incómodo Moody, había adquirido un intenso tono rojo.

–No he podido evitar fijarme en la cadena de su reloj, hace un rato –dijo por fin Moody, dirigiéndose a Mannering–. ¿Es oro de Hokitika?

–Bonita pieza, ¿eh? –dijo Mannering sin bajar la vista al pecho ni subir los dedos para tocar el admirado artículo. Volvió a tamborilear con los dedos en el brazo de su silla–. Pepitas de Clutha, eso es lo que son. Estuve en Kawarau, en Dunstan y después en Clutha.

–Confieso que no estoy familiarizado con los nombres –dijo Moody–. Supongo que son yacimientos de Otago, ¿no?

Mannering afirmó que así era, y empezó a hablar largo y tendido sobre el tema de las compañías mineras y el valor de la draga.

—¿Aquí son todos mineros? —preguntó Moody cuando hubo terminado, trazando un circulito en el aire con las yemas de los dedos para indicar que se refería a la habitación en general.

—Ni uno..., menos los chinos, claro —dijo Mannering—. Tropa de campamento, eso es lo que somos, aunque la mayoría de nosotros empezó en el desfiladero. ¿Dónde se encuentra casi todo el oro de los yacimientos? En los hoteles. En las barracas. Los tipos se lo gastan todo nada más encontrarlo. Le voy a decir una cosa: mejor haría montando un negocio que marchándose a los cerros. Sáquese una licencia y póngase a vender grog.

—Debe de ser un consejo sabio, cuando usted mismo lo ha seguido —dijo Moody.

Mannering volvió a acomodarse en su silla, a todas luces satisfecho por el cumplido. Sí, había abandonado los yacimientos, y ahora pagaba a otros hombres para que trabajasen sus concesiones a cambio de un porcentaje del rendimiento; él era de Sussex; Hokitika era un lugar de primera, pero había menos chicas de las que precisaba una población tan grande; le encantaba la armonía en todas sus vertientes; había tomado como modelo para su teatro de ópera el Adelphi del West End; le parecía que el espectáculo de canción-con-cena no tenía rival; no soportaba los bares, y la cerveza de mesa le sentaba mal; las inundaciones de Dunstan habían sido horribles... sí, horribles; la lluvia de Hokitika era insufrible, y, en efecto, no había nada tan bonito como una armonía a cuatro voces... las voces como los hilos de un retal de seda.

—Magnífico —murmuró Moody. Gascoigne no se había movido lo más mínimo durante este soliloquio, exceptuando el ritmo compulsivo de sus manos largas y pálidas mientras daban vueltas al objeto de plata en su regazo; Mannering, por su parte, no había acusado en absoluto la presencia del oficial de juzgado, y de hecho había dirigido su disertación a un punto situado a unos tres pies por encima de la cabeza de Moody, como si en realidad tampoco le incumbiera la presencia de Moody.

Por fin, el drama susurrado que se estaba escenificando en la periferia empezó a acercarse a una especie de resolución, y la charla del gordo empezó a decaer. El hombre moreno regresó y ocupó su asiento de antes, a la izquierda de Moody; Balfour lo siguió con dos vasos llenos de brandy. Le pasó uno a Moody, hizo un gesto con la mano cuando este le dio las gracias y se sentó.

–Le debo una explicación por lo grosero que he sido con tanta pregunta, señor Moody... –dijo Balfour–. No proteste, lo que digo es cierto. La verdad es que..., la verdad es que..., en fin, la verdad, señor, merece un relato; baste con eso por ahora.

–Le ruego sea tan amable de confiar en nosotros –añadió Gascoigne desde el otro lado de Balfour, en un alarde bastante feo de falsa cortesía.

De repente, el hombre moreno se inclinó hacia delante en su silla.

–¿Alguno de los presentes tiene reservas que desee expresar? –preguntó.

Moody miró a su alrededor, pestañeando, pero nadie habló.

Balfour asintió con la cabeza; esperó un momento más, como para sumar su gentileza a la del hombre moreno, y a continuación siguió hablando.

–Permítame que le diga cuanto antes que un hombre ha sido asesinado –le dijo a Moody–. Ese canalla al que ya conoce –me refiero a Carver; no quiero llamarlo «capitán»– es el asesino, aunque no sabría decirle ni cómo ni por qué, maldita sea. Simplemente lo sé; estoy tan seguro de ello como de que veo un vaso en su mano. Entonces: si me concede el honor de escuchar una parte de la historia de ese maleante, tal vez usted... En fin, teniendo en cuenta en qué situación se encuentra, tal vez esté usted dispuesto a ayudarnos.

–Disculpe, caballero –dijo Moody. Al oír mencionar un asesinato, su corazón había empezado a latir muy deprisa: al fin y al cabo, quizá esto tuviese que ver con la fantasmagoría del *Godspeed*–. ¿En qué situación me encuentro?

–Con su baúl todavía a bordo del bricbarca, a eso se refiere –dijo el hombre moreno–. Y pendiente de una cita en la aduana mañana por la tarde.

Balfour pareció irritarse ligeramente; agitó la mano.

–Ya hablaremos de eso después –dijo–. Le ruego, primero, que escuche la historia de principio a fin.

–Por supuesto, lo escucho –replicó Moody, enfatizando casi imperceptiblemente la última palabra como para advertirle que no esperase, ni exigiese, nada más. Le pareció ver que asomaba una sonrisita al pálido semblante de Gascoigne, pero al instante siguiente sus rasgos se habían vuelto a avinagrar.

–Claro, claro –aceptó Balfour. Dejó el vaso de brandy, entrelazó los nudillos y los hizo crujir secamente–. En fin, vamos allá. Señor Moody, voy a procurar ponerlo al corriente del motivo de nuestra reunión.